

Sahel: Francia en un túnel

FABRIZIO CASARI :: 21/08/2023

Al no poder alegar la necesidad de saqueo de Níger, un escenario militar necesita una condición política: que las tropas francesas sean llamadas por otros países africanos

En medio de amenazas y tensiones, el ultimátum que la organización CEDEAO había lanzado a Níger ha expirado. El Occidente colectivo clama contra el “golpe” y apoya al depuesto presidente Bazoum, que ganó las elecciones por fraude. Bazoum es el hombre de Francia, ya que siempre ha tenido como prioridad los intereses de París en su país y no los de los nigerinos, reprimiendo a la oposición y llegando incluso a dar hospitalidad a las tropas francesas expulsadas de Malí.

El contagio a los demás países de la región, Senegal en primer lugar, es el mayor temor occidental y por eso la Cedeao (Comunidad Económica de África Occidental), dócil instrumento africano de la devoción occidental, parece hasta el momento decidida a preparar una intervención militar contra Níger.

Difícilmente puede hacerse pasar por una respuesta democrática al derrocamiento de un Gobierno electo, más bien es evidente que es Occidente quien determina qué golpes son posibles y cuáles no, cuáles apoyar y cuáles combatir. Porque en Malí, como en Guinea, como en Burkina Faso y en Níger, el elemento distintivo de los levantamientos militares es sólo uno: cuentan con el apoyo de las respectivas poblaciones, lo que hace del “golpe” un pronunciamiento militar que recoge las demandas populares, que barre a las élites en favor de las últimas.

París siente el dedo en el gatillo y evalúa las cadenas de errores cometidos por los contingentes occidentales en el Sahel. Pero lo que complica su diseño de una restauración violenta es un panorama general problemático, en el que sólo los enemigos aparecen claros e insidiosos.

EEUU. No tiene ninguna intención de emprender una guerra en África, y por varias razones. El conflicto global que Washington lidera contra la emergencia de un diseño multipolar tiene a China y Rusia como principales adversarios, pero, a diferencia de Francia, a corto plazo África tiene sí una importancia estratégica para EEUU, pero no vital. No es América Latina, ni tampoco Europa o Asia. En las condiciones actuales de EEUU, cuya recuperación económica se vislumbra tenue, enfangarse en una guerra de la que no se obtendrían ganancias estratégicas concretas no es sostenible política, militar y económicamente. No por casualidad desmintió oficialmente la versión francesa del papel ruso en la destitución de Bazoum, afirmando que no hay responsabilidad del Kremlin en el asunto de Níger.

Evidentemente, como comandante en jefe de la OTAN, no puede dejar solo a París, lo que le recuerda que la guerra para salvaguardar el imperio tiene varios frentes, y probablemente dejará a París, la capital más implicada, la última palabra. De su parte Washington sabe que el compromiso con el bando del régimen nazi ucraniano ya ha tensado lo suficiente las arcas

estadounidenses y sus capacidades militares como para comprometerse a fondo en otra guerra. Así que apoya a Francia, por «comunalidad» atlantista y también para evitar que París se eche atrás en Ucrania, pero sin implicación directa.

Gran Bretaña. Si Washington no le pide que intervenga en su lugar, se queda de lado. No tiene intención de entrar en un conflicto en el que no tendría nada que ganar, por supuesto, a menos que Nigeria se exponga al riesgo de un levantamiento progresista, lo que causaría bastantes quebraderos de cabeza en Londres.

Alemania. Ha asumido un papel de liderazgo en el apoyo militar y de inteligencia a Ucrania y no puede volver a entrar en el tablero africano, donde su historia nazi exige ahora extrema cautela. No hay ningún «Afrikakorps» en el horizonte: Berlín posiblemente preferiría ver a París debilitado que a la cabeza de una iniciativa político-militar europea donde debería sumarse por obligación y no por interés.

Italia. Se muestra decididamente contraria a cualquier tipo de iniciativa militar. Defiende a ultranza las decisiones de EEUU y no hay desviación posible del camino que señala Washington. Las tensiones entre Roma y París, en materia de inmigración, no empujan hacia una gestión compartida en Europa y a Roma le gusta devolver a Francia lo que recibió en Libia.

Todas las hipótesis de la intervención ven necesaria la formación de un «casus belli», y al no poder alegar el afán de saqueo de Níger, un escenario militar necesita una condición política, es decir, que las tropas francesas sean llamadas al rescate por otros países africanos. La desinformación se encargará de proporcionar noticias alarmantes y atroces sobre vagas violaciones de los derechos humanos y sobre el propio destino personal de Bouzum que tratarán de justificar la intervención. Después, se encargará de formar un gobierno en el exilio con notables del régimen depuesto, justo los que acaban de ser liberados en un asalto de comandos franceses de hace algunos días a una casa donde estaban retenidos algunos de la vieja junta.

En plan operativo el elemento más complejo concierne a los dos países de cierta importancia militar que deberían allanar el camino a Francia: Chad y Nigeria. Pero ambos están lidiando con problemas internos de no poca importancia.

Nigeria, en particular, parece incapaz de hacer frente a la guerrilla de Boko Haram y a la del Estado Islámico de África, así como al crimen organizado y no ser capaz de acabar con grupos terroristas de unos pocos cientos de personas no es precisamente un gran historial para enfrentarse a tropas regulares de tres países. A esto se añade una realidad económica muy difícil entre inflación, deuda y falta de crecimiento en uno de los principales países productores de petróleo del mundo.

El presidente, Bona Tinubu, frágil y corrupto, ya condenado en EEUU por narcotráfico, está considerado como una de las peores figuras de la historia política del país africano y se encuentra sumido en una profunda crisis política y carece de la autoridad necesaria para hacerle frente.

El Observatorio Nigerino de Respuesta Rápida a las Crisis (OSPRe) se ha pronunciado

tajantemente en contra de cualquier injerencia en Níger, al igual que el Consejo de Partidos Políticos (que se declara amigo de la junta de Niamey) y los sindicatos. Teniendo en cuenta el apoyo popular a la junta y el creciente resentimiento contra los franceses, han declarado abiertamente su oposición a cualquier intervención que haga que Níger parezca un invasor y no un libertador. El temor es provocar un incendio que se extendería a miles de kilómetros y a Nigeria.

Chad, por su parte, aunque muy vinculado a Francia, tiene en su presidente Idriss Deby (instalado por un golpe de Estado en 2021 y, por tanto, poco apto presentable por una “cruzada de democracia” por razones obvias) un interlocutor problemático para Washington y Bruselas, después de que les pillaran planeando una «revolución de color» de la que habían culpado a Rusia en una operación de falsedad mediática. Deby no mordió el anzuelo y, en lugar de expulsar al embajador ruso, expulsó al alemán. Lo que hace pensar detenidamente en un NO por su posible utilización es el hecho de que hace unos días Deby visitó Níger y se reunió con la junta gubernamental, a la que aseguró que «nunca y por ningún motivo Chad pondrá en marcha operaciones militares contra Níger, ya que el nuevo gobierno es querido por su pueblo».

Senegal, estrictamente francés, tiene una situación interna muy delicada y la detención del querido líder de la oposición, Ousmane Sonkò, está provocando fuertes repercusiones en los equilibrios internos, que aconsejan prudencia a la hora de entablar conflictos con un país cuyos dirigentes políticos están bien considerados y no amenazan en modo alguno a Dakar. Una intervención militar expondría al gobierno a un riesgo de convulsión interna y propondría una imagen del país como avanzadilla francesa contra el África libre.

En resumen, se trata de un panorama complejo que debería contener la intervención militar. París está entre no querer ceder y no poder intervenir, si no quiere que toda la construcción ideológica y mediática de carácter rusóphobo sobre la intervención en Ucrania se derrumbe como un miserable castillo de naipes.

Todo esto no significa en absoluto que los planes de intervención militar deban considerarse secundarios, sino todo lo contrario. En algunos aspectos, la complejidad y el riesgo podrían ser incluso un acelerador de la iniciativa militar francesa. París no puede permitirse abandonar África con el rabo entre las piernas porque -más que una cuestión de imagen- se trata de una cuestión de supervivencia de su modelo.

Pero las revueltas de los últimos años en las *banlieues*, el ascenso de una tercera y cuarta generación de inmigrantes procedentes del norte de África, casi todos de religión islámica, que ha sido capaz de poner en jaque al país en los últimos meses, ha exhibido un rechazo a la identidad política francesa que en caso de una guerra contra Níger podría convertirse en un auténtico «frente interno», muy difícil de atajar para un Gobierno carente de toda autoridad como el de Macron.

El desencadenamiento de una crisis social y política de vastas proporciones, al mismo tiempo que una compleja aventura militar llena de incertidumbres, que corre el riesgo de producir un efecto dominó en la aceleración de los procesos de liberación, deberá ser cuidadosamente evaluado por el Elíseo. Níger, con todo el Sahel, puede convertirse en la última página del neocolonialismo francés. La *grandeur*, más que una ambición, corre el

riesgo de convertirse en una tumba.

CALPU

<https://www.lahaine.org/mundo.php/sahel-francia-en-un-tunel>